

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO ILUSTRADO

DIRECTOR ARTÍSTICO: D. JOSÉ GÄRTNER DE LA PEÑA

AÑO III N.º 47

Madrid Marzo de 1896

OFICINAS FACTOR. 7

MEGÍA.





DE QUINCE EN QUINCE

Se había anunciado una función en el teatro de la Comedia que era una de esas funciones que según los periódicos hacen época, y dejan en el alma de los espectadores la plácida emoción del deber de gratitud cumplido y la satisfacción que produce el entusiasmo desbordado. Era una función para glorificar al ilustre Campoamor; al *maestro* como le llamamos todos, al poeta, cuyas inspiraciones fecundarán la lírica española á la manera que los caudales del río fertilizan los campos que en su corriente bañan...

2

Pero la función hubo de suspenderse por que el maestro no puede acudir al coliseo; su quebrantada salud se lo impide y quien sabe si además se lo impiden su temperamento artístico y su temperamento social.

Todas esas aparatosas exhibiciones, todos esos triunfos á la luz de la batería, son propios y privativos de los poetas que riman la oratoria, no de los que más humildes se satisfacen con expresar las ideas.

Para los poetas oradores las decoraciones del escenario, las luces de las apoteosis, las coronas de la urel, las odas plagadas de ripios y de elogios, los aplausos más estruendosos que sinceros de los espectadores... todo eso para ellos; nadie se lo debe regatear les pertenece; es su reino.

Para los poetas que sienten y hacen sentir que piensan, y hacen pensar; nada de luz *drumont*, ni de coronas de hojarasca, nada de odas ripiosas ni de aplausos estruendosos, nada de decoraciones y de escenarios; un lector, uno solo en el silencio de su gabinete una vibración extraña en el alma del lector al acabar la lectura y luego la silenciosa meditación ó la muda melancolía.

No hay musa más pudorosa que la musa de la lírica; las multitudes la espantan, los aplausos colectivos la angustian, las miradas de las muchedumbres la ofenden. Poesía que leída en un escenario produzca el escalofrío de lo bello, podrá alcanzarlo por partiótica pero no por sugestiva; por oratoria, no por íntima, por valiente y oportuna, no por humana y duradera.

Ha hecho muy bien el maestro Campoamor en no aceptar la glorificación sobre la escena de un teatro público que muchos de sus admiradores con el mejor deseo le preparaban: el combate de la verdadera poesía, es de cuerpo á cuerpo, de corazón á corazón, no por públicos, no por masas. Cuando los socialistas nos impongan si alguna vez nos imponen sus leyes niveladoras é igualitarias, donde tropiecen con un poeta hallarán un revoltoso que

contra todas las conveniencias y todos los rigores del Estado, alzará el fuero de su corazón y la bandera de su voluntad.

Si en Esparta hubiera habido poetas ántes de comer en la mesa común, se hubieran quedado sin comer. Las asociaciones y los colectivismos no rezan con la verdadera poesía. El ruiseñor canta solo y de noche cuando todas las otras aves duermen; si le aplaudiese de pronto un coro de jilgueros enmudecería, cuando le obligan á cantar desde una jaula y para un público, se muere. Canta como quiere, á la hora que quiere y para quien quiere. Los ruiseñores no cantan en los teatros, eso se queda para las tipleas.

El *maestro* siente como nadie el santo pudor hacia las multitudes, lo que le ha impedido ser un gran autor dramático, lo que le ha evitado ser un excelente orador parlamentario. ¿A qué, pues, pedis á una multitud por muy culta que esta fuera, un aplauso cerrado y una corona de laurel comprada? ¿No les aplauden y les coronan así á los violinistas y á los oradores políticos?

Muy bien, maestro muy bien, si las multitudes plebeyas ó aristocráticas quieren coronar y glorificar á alguno, que coronen y glorifiquen al notable poeta andaluz D. Antonio Grilo.

*
* *

Y ya sabemos que en Madrid no se juega pero en cambio sabemos también que se roba. Llevamos una hermosísima temporada de robos á domicilio. En cuanto cualquier ciudadano se descuida en dejar su habitación sin gente, ya estan en ella los ladrones. Amantes sin duda de la soledad, la aprovechan donde la hallan, pero sienten como la Naturaleza el horror al vacío, y cuando este gracias á sus manos comienza á confundirse con la soledad, ponen pies en polvorosa.

El gobierno actual ha cerrado las Cortes, pues bien, mucho me temo que cuando vuelva á abrir las encuentre robadas.

No es nada prudente dejar ahora dos edificios como el Congreso y el Senado sin habitantes; podrían entrar ladrones y llevarse hasta las mazas, siendo lo peor que después los Estados Unidos los declararían beligerantes.

En esto de los robos hay modas, como en todo: una temporada se roba por el procedimiento del timo, otro periodo de tiempo predominan los atracos, luego se ponen de moda los escalos y ahora triunfan los caballeros de la ganzúa que operan en los domicilios de la gente descuidada.

Podría creerse que todos los ladrones del mismo género cumplen al mismo tiempo sus condenas y salen en libertad para volver á las andadas, ó podría cualquiera imaginarse que la policía madrileña, sobre la cual tantos deberes pesan, descuida de tiempo en tiempo por exceso de trabajo un ramo determinado de criminales y éstos, aprovechándose de la forzada inmunidad, se entregan ávidamente á sus especiales fechorías.

Pero yo, por mi parte, sin imaginarme esto ni aquello, hago constar el fenómeno. Se explica que se repitan los suicidios por la sugestión del ejemplo, no se explica que se repitan los robos á domicilio ó los atracos, como en otras épocas ha ocurrido, sino por un exceso de trabajo, una especie de *surmenage* de los encargados de velar por la seguridad de las casas y de las personas.

Después de todo, los vigilantes de policía no tienen la culpa de nada de esto. Lejos de sentir afición por el cargo, lo aceptan cuando no hallan otro medio de vida. Los sueldos que perciben son es-

casísimos y los deberes que se les imponen son grandes. Entre los caprichos del delegado ó del inspector, su facción en las calles y las horas que han de dedicar forzosamente al descanso, no les queda tiempo para nada.

No pueden tener iniciativas de ningún género ni deben esperar recompensas de ninguna clase. La gente de mal vivir les enseña que el camino del delito tiene, á pesar de sus quiebras, mayores desahogos y comodidades que el de la honradez, y la cesantía, siempre temida y esperada, les muestra constantemente un mañana aterrador.

Con tal confianza, tal vida y tales alicientes, lo prodigioso sería que la policía madrileña realizase algún milagro, aunque no fuera éste más que el de sorprender las casas de juego, que parecen hoy exceptuadas de la persecución general.

En las épocas de los gobernadores que reúnen condiciones para el desempeño de estos cargos difícilísimos, la policía, á pesar de su defectuosa organización, algo hace y para algo sirve; pero cuando cae sobre Madrid una calamidad con bastón de borlas, adiós nuestro dinero, ó se lo lleva la sota de copas ó el *espadista* de turno.

O el banquero echándonos la llave sobre el tapete verde ó el ladrón metiendo la ganzúa en la cerradura de nuestra casa.

Afortunadamente, dentro de poco se acabarán en Madrid los robos, y no por falta de ladrones, sino porque no quede nada que robar.

Los bolsistas y los comerciantes se asustan por la subida de los cambios.

¡Inocentes! ¡Como si nos quedara algo que cambiar!

¡Como no cambiemos de suerte!

Pero no son únicamente los cambios los que suben; también el tío Sam intenta subírsenos á las barbas.

Y á éste sí que me parece que le vamos á dar, como se empeña mucho, un cambio en la cabeza.

Aunque, después de todo, es posible que la tragedia con que nos amenaza se convierta en sainete.

En todos los sainetes hay un papel de tío ridículo.

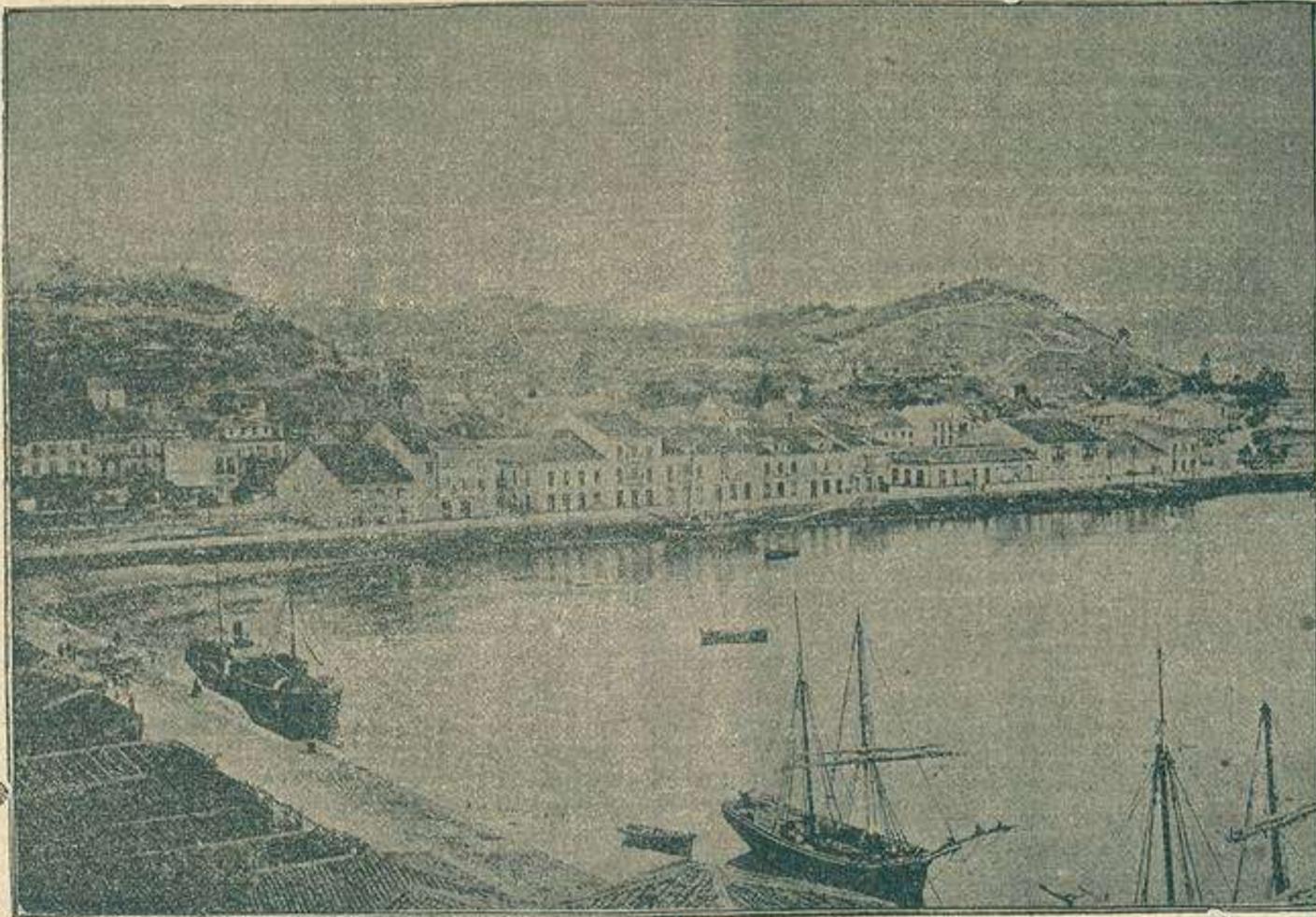
¡Ole, pues, por el tío Sam!

¡Que baile!



JUAN DE LEYDE

JOSÉ FERNANDEZ CUÉTARA



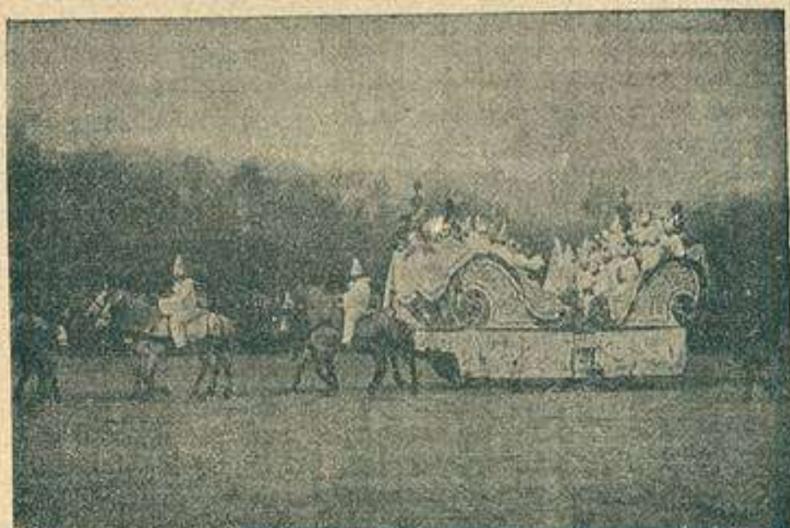
PUERTO DE ASUNCIÓN (PUERTO DE ASUNCIÓN).

LA FIESTA DEL BUEY GORDO EN PARÍS

INSTANTÁNEAS DE NUESTRO CORRESPONSAL.



Carro del Príncipe de Carnaval.



Músicos del Carnaval.



Carro de la Agricultura.



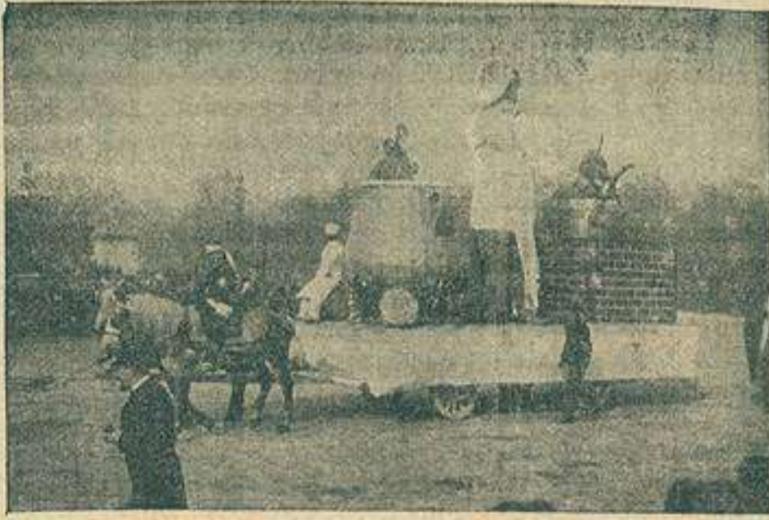
Los padres «nourrisseurs» del Buey.



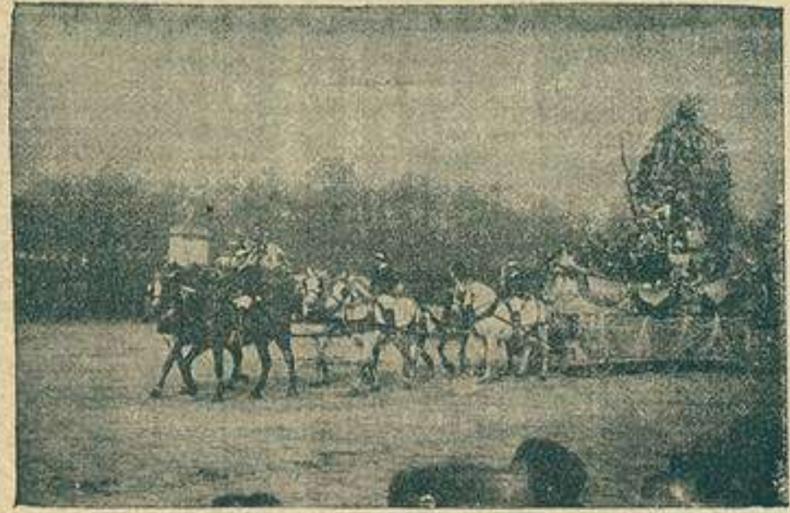
Músicos romanos, precediendo al Buey.



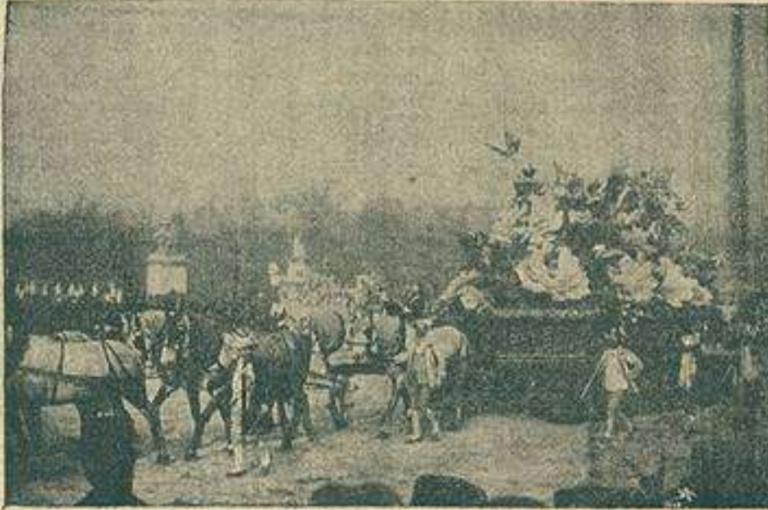
Carro de la Charcuterie (Salchicheria) El cochón gras guardado por las vestales.



Carro de la Pastelera.



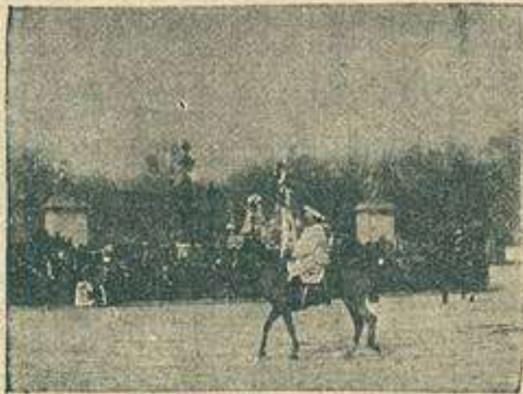
Carro de los Vices de Francia.



Carro de las flores.



Carro de la Caridad.

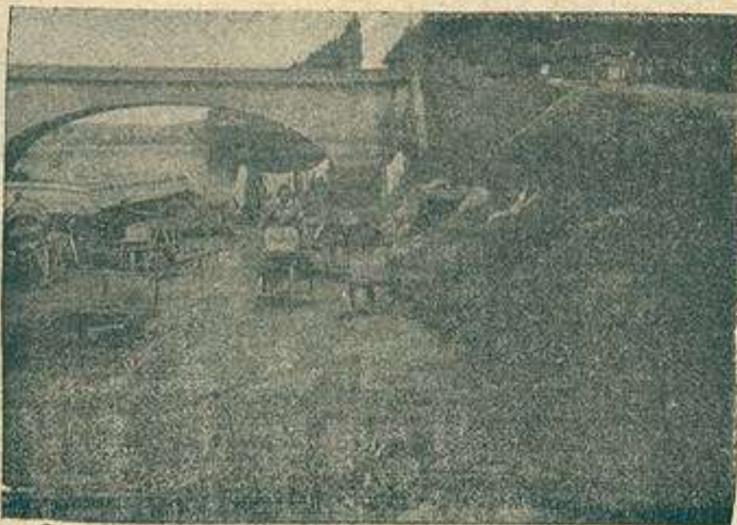


Heraldo de la Charcuterie.

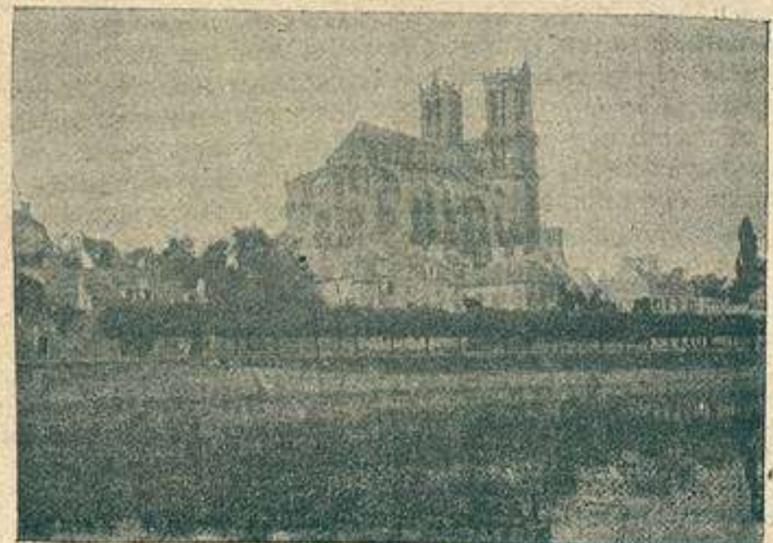


Caballeros romanos escoltando al Buey.

INSTANTANEAS DEL MISMO AUTOR.



En el lavadero (Normandía)



Catedral de Mantes (Francia)

EL LADRÓN

A DON JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

I

Cansado de la vida cortesana, de la cual había gozado guapamente, un caballero leonés, llamado D. Juan de Luna, retiróse á su aldea, en la parte más enriscada del Bierzo.

Tenía D. Juan 40 años cuando dejó la corte, y era de noble y apuesta figura, de gran corazón y de soberano entendimiento; poseía mucha hacienda, cabal salud y humor alegre y regocijado, y como además era bien quisto de todos, podía reputarse por el más feliz hombre del mundo. Así lo aseguraba él cuando, llegado el promedio de su vida, abandonó las locuras de la corte y se acordó del callado rincón berciano, donde tenía su casa solariega, en la cual pensaba concluir tranquilamente sus días entregado á la santa labor de hacer bien á sus semejantes y de preparar la propia alma para el próximo viaje de la eternidad.

Al cuidado del caballero había de estar una su hermana, viuda, que tenía una hija, moza de 20 años. Aunque estas majeres vivían en Villafranca, trasladáronse á la aldea tan pronto como supieron que llegaba D. Juan, á quien, como jefe de la familia, y persona de tan superiores prendas, obsequiaron y atendieron con extrema la solicitud. Pronto estuvo todo en regla en la destartalada casona, y pronto D. Juan de Luna comenzó á disfrutar de la vida quieta y silenciosa por la que tanto había suspirado en la corte.

Ahora levantábase D. Juan al amanecer, y caballero en un fuerte rocín, recorría el valle, trepaba á la peña y llegaba hasta la misma boca del puerto; luego visitaba, á los curas de los pueblitos inmediatos, cazaba, jugaba á la barra, partía la leña para el hogar y se entregaba á otros ejercicios de fuerza que le abrían grandemente el apetito; por la noche, después de rezar el Rosario y leer un capítulo del *Flos Sanctorum*; se acostaba antes de las nueve y disfrutaba de un sueño dulce y reparador, como nunca lo había conocido.

Para poder darse más libremente á sus excursiones y correrías pensó D. Juan de Luna que sería conveniente casar á su sobrina Flora con un buen muchacho, el cual atendería, como si fueran propios, á los negocios de la casa, ya que ésta, tarde ó temprano, por falta de otros herederos, para la dicha Flora habría de ser.

Vivía en un vecino pueblo un mocetón de aspecto tremebundo y espantable, pero bueno como el pan, y rico por añadidura. De este mozo se acordó el señor de Luna para el matrimonio que imaginaba, pues ya había observado el buen caballero que á la chica le parecía de perlas el galán y que éste miraba con ojos muy encandilados á la muchacha.

Dicho y hecho: celebró D. Juan consejo con su familia, y pronto quedó efectuada la boda, con el regocijo y holgorio que es de rigor en estos casos. Isidrón fué feliz esposo de Flora, y entró como rey y dueño en la ilustre casa de los Lunas.]

II

Y aconteció que al poco tiempo fué don Juan poseído de gran desasosiego. La gente de la casa no sabía á qué atribuir aquel cambio que en el carácter del señor había producido el casamiento de la sobrina: los negocios de la casa eran prósperos; Flora se desvivía por tener contento á su tío; Isidrón era un bendito y profesaba singular respeto y amor acendrado á D. Juan; á éste todo el mundo le sonreía y halagaba, y, sin embargo, él estaba más melancólico á cada momento, y con mucha frecuencia montaba en cólera ó se ponía acerbo y malhumorado.

Por fin, un día la madre de Flora le habló así:

—Te pido, por Dios, querido hermano, que me digas qué es lo que tienes; en casa todos estamos tristes y desabridos, sin saber si es culpa nuestra la causa de tus males. Isidro está hociendo y lleno de morriña; Flora anda por los rincones llorando como una Magdalena; yo no como, ni sosiégo, ni sé lo que hago y estoy como alelada y entontecida con disparatadas imaginaciones. Por la Santísima Virgen de la Encina, te suplico, Juan, me digas qué te pasa.

—Ciertamente—contestó D. Juan—desde hace algún tiempo siento una horrible pesadumbre: creo que la vida en el valle me perjudica y voy á subir á la peña; ya lo tengo todo dispuesto: mañana, si Dios quiere, marcharé, y no se hable más de este asunto... Para vosotras, hijas mías, no tengo más que sentimiento de gratitud por el amor con que me regaláis; pero mi dolencia ¡ay! no se cura con el cariño.

Llegado el día siguiente, el desventurado D. Juan se despidió de su familia con las mayores muestras de dolor; y sin permitir que nadie le siguiese, tomó el camino de la peña,

Al llegar á un punto desde donde se dominaba todo el valle, el caballero volvió los ojos hacia su casa solariega: en el enorme balcón volado estaba aún Flora agitando un blanco pañuelo, con el que saludaba á su tío.

El cual, trasponiendo la línea del monte, se apeó del caballo, y sentándose en una piedra y oprimiéndose la frente con las manos como si quisiese estrujar sus dolorosos pensamientos, exclamó:

—¡Dios mio! ¡Soy el hombre más desgraciado del mundo!



III

No vaya nadie á creer que entre D. Juan y su sobrina mediase amistad alguna peligrosa, nada de eso: ni el tío había sido nunca osado á decir el menor requiebro á Flora, ni ésta se atrevió jamás á levantar los ojos hasta el hombre que siempre la había servido de padre. Misterios son éstos que como en un sagrario, viven calladamente en el corazón, el cual muchas veces, sin darse cuenta de ello, se encuentra ligado á otro con ataduras tan estrechas que solo las almas de gran temple tienen la suerte de romper; juego es éste que nace devorador en los más cristianos pechos, abrasándoles y consumiéndoles y siendo motivo de mérito para los que á él resisten, y causa de destrucción y ruina para los egoístas y cobardes.

No era de estos D. Juan de Luna; porque apenas se percató de que el enemigo le sugería tan deshonestos amores, cuando se apresuró á escapar de aquél incendio en que temía perecer. Huyó, y

huyó con ánimo de embarcarse en la Coruña y no parar hasta el fin del mundo, seguro de morir pronto en paz con Dios en algún país desconocido.

Pero no fué así. Nuestro malaventurado caballero no tuvo ánimo para separarse muchas leguas del lugar donde tenía puestos el alma y el sentido. Establecióse en un pueblecillo de la montaña, no muy apartado del valle, y allí pasaba la más negra vida que cualquiera puede imaginar.

No salía de casa en todo el día; apenas tomaba alimento, siempre poseído de amargas cavilaciones; no hablaba con nadie, ni nadie le veía, pues de continuo estaba encerrado en su habitación; pero llegada la noche D. Juan montaba en su fiel caballo, trasponía la peña, y dejando al jaco en el robledal, se encaminaba él solo sigilosamente á la propia casa en que vivía Isidró, y saltando tapias y recorriendo lugares que le eran bien conocidos, llegaba al pie de la habitación de la sobrina, donde como en contemplación extática sin deseo alguno pecaminoso, dejaba discurrir las horas muertas.

Cuando concluido el rosario, que solían rezar en la cocina, tomaba Flora una luz, y seguida de su esposo, subía á las habitaciones altas. D. Juan de Luna sentía celos diabólicos y animalésos, y se mordía las manos con furor de tigre aberrojado. Después, á través de la ventana de la alcoba, veía el infeliz la imagen de la muchacha vagar cual una sombra chinesca por el techo y por las paredes, alargándose unas veces como si se espiritualizase y engordando otras brutalmente, como si quisiera hacer burla y menoscipio. Luego, muerta la luz, comenzaba el reinado de la oscuridad y del silencio.



Sentado en un banco del corralón, mirando aquella ventana, pasaba D. Juan de Luna toda la noche solo, sin más compañía que la de los leales perros que aún no se habían olvidado de él, y venían todos á lamerle las manos.

Al amanecer volvía el caballero al robledal, montaba en el jaco y lanzándose á galope por aquellos vericuentos murmuraba:

—¡Dios mío! ¡Soy el hombre más desgraciado del mundo!

IV

Una noche D. Juan de Luna fué visto por un criado, que inmediatamente avisó á Isidró de que por el corral andaba un hombre. Toda la casa se puso en movimiento. El infeliz caballero quiso huir y esconderse para evitar que las mil lenguas del escándalo cayesen como dardos venenosos sobre la honra inmaculada de la sobrina.

Pero ya era tarde: El descomunal Isidró apareció en aquella ventana de Flora, y sacando una escopeta hizo fuego sobre el supuesto criminal y lo dejó tendido. Los criados bajaron á ver que fuera aquello, y las atemorizadas mujeres, dando mil gritos, también acudieron con la demás gente.

—¡Jesús! ¡Si es el señor!...—exclamó horrorizado un mozo.

—¡Tío, tío de mi alma! ¡Ay, Virgen de la Encina!

Don Juan abrió pensosamente los vidriados ojos, y t mandó en sus manos las de la sobrina las besó amorosamente, y murió.

—¡Pero, Dios mío!—decía el esposo de Flora, que no acertaba á darse cuenta de lo que tenía delante.—¿Por qué estaba aquí mi tío como un ladrón?

Y un viejo criado que venía siguiendo los pasos á D. Juan y estaba enterado de todo, murmuró estas brutales palabras:

—¡Quién sabe!... Si no lo mata, acaso con el tiempo hubiera robado algo.

ÁLVARO L. NUÑEZ.

Á MEDIA NOCHE

Bate el remo con golpe soñoliento
las cristalinas lágrimas del lago;
en el ramaje perezoso y vago
cuelga cu lira el perezoso viento.

Besa el río cansado y macilento
las dormidas riberas con halago,
y la fronda confusa ofrece en pago
desmayado dosel á su elemento.

Todo duerme: los astros que declinan
los torrentes, las selvas, las cascadas,
los mares que en la playa se reclinan.
¡Y allá sobre las tumbas olvidadas,
los sauces melancólicos se inclinan,
dando extrañas y lentas cabezadas,

SALVADOR RUEDA.

AYER Y HOY

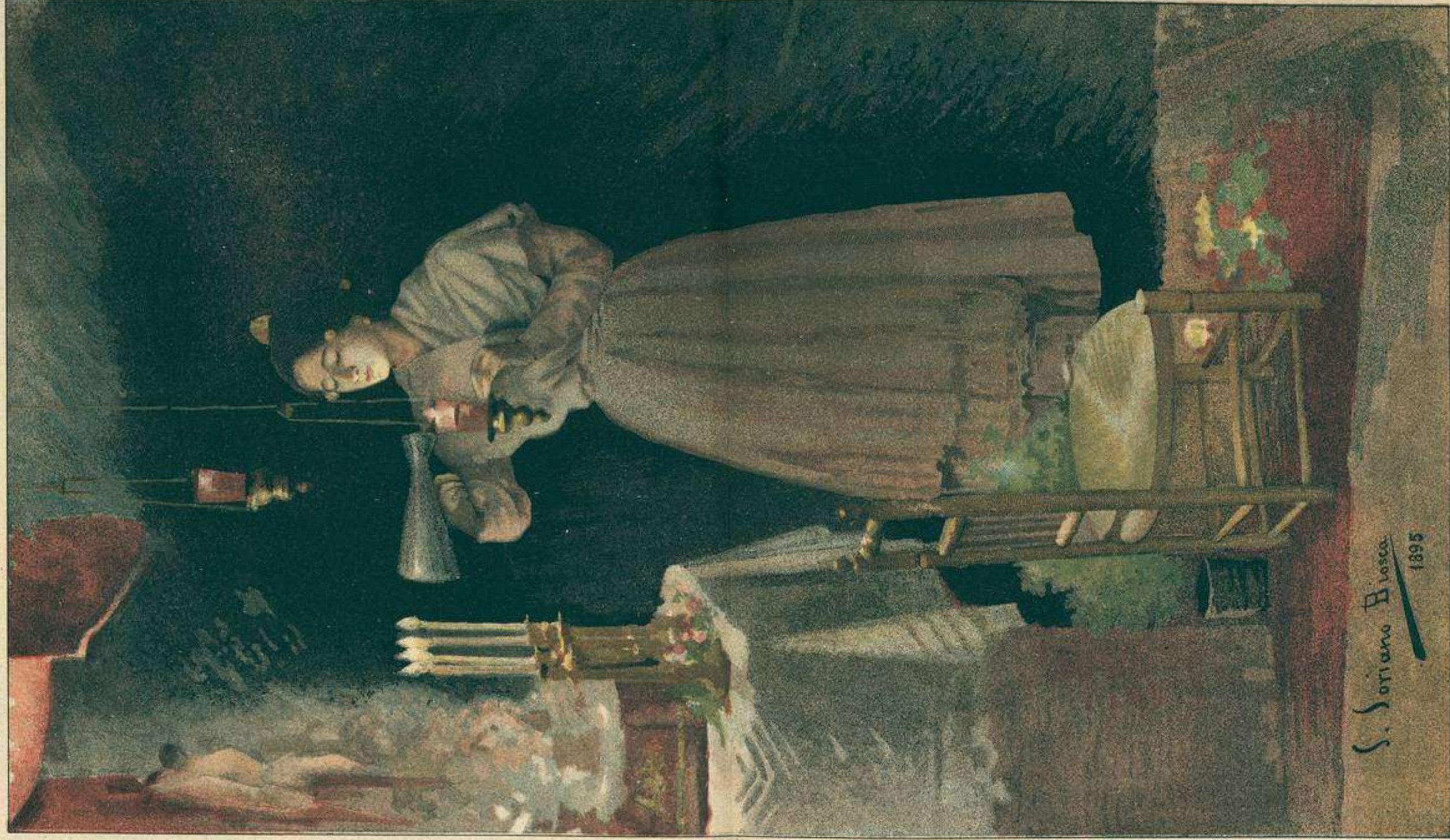
«Desde un rincón de Asturias don Pelayo
hizo á España volver de su desmayo...»

Esto se ha repetido de mil modos
refiriéndose al tiempo de los godos;
más hoy se tiene ya por cosa nimia
aquello del desmayo ó lipotimia.

Hoy lleva España, al par de su heroísmo,
encarnada la anemia en su organismo,
y funde el hierro de su sangre antigua
para llevar más hierro á la manigua.

F. MARTÍN REDONDO

SORIANO BIOSCA.



PONÉNT OLI.

COLECCIÓN DE E. PORTABELLA

1895



MIS ANHELOS

(A MI HIJO)

Esperanza bendita que apareces
de mi vida en los plácidos albores;
flor perfumada que á mi lado creces;
ilusión que á mis horas embelleces;
ángel de mis amores.

Niño en cuya mirada candorosa
fulgura la alegría de los cielos;
mientras que beso yo tu faz de rosa,
oye la voz que, tierna y cariñosa,
te cuenta mis anhelos.

Escucha, vida mía, el suave acento
con que, afanoso, intenta mi cariño
dar forma á tu inocente pensamiento
y llenar de amoroso sentimiento
tu corazón de niño.

Hoy que eres pequeñito sólo anhele
dormirte dulcemente en mi regazo,
verme en tus ojos de color de cielo
y esperar que, premiando mi desvelo,
tú me des un abrazo.

Pero luego, tu boca de corales
probará de una frase la dulzura,
y envueltas en sonrisas celestiales,
brotarán de tus labios virginales
palabras de ternura.

Y con esa torpeza encantadora
que á los primeros años acompaña
y tan dulces misterios atesora,
meciéndote en mis brazos como ahora,
te oiré decir: ¡España!

¡España! Santo nombre que resuena
para mí como grata melodía.
Nombre que escucho de entusiasmo llena;
dulcísimo recuerdo que enajena
de gozo el alma mía.

Aunque Dios decretó que tú nacieras
lejos, muy lejos, de tus patrios lares,

te hablaron, sin que tú lo comprendieras,
de España mis caricias placenteras
y mis pobres cantares.

Anhele yo, si llegas á ser hombre,
que vivas de tu patria enamorado:
que su grandeza colosal te asombre;
que vaya unido á su glorioso nombre
tu orgullo de soldado.

Que ciñas una espada á la cintura,
siempre al servicio de esa patria bella,
y, si es preciso, cifres tu ventura
en exponer tu vida con bravura
hasta morir por ella.

CONCHA ESPINA DE SERNA.

Valparaíso 1895.

LO MÁS BELLO

Hay en la tierra pájaros y flores,
perfumes y armonías,
goces del corazón embriagadores,
consuelos puros, dulces alegrías;
tiene el mar blandas olas, que incansantes
con placidez murmuran;
tiene la noche estrellas centellantes
que sobre denso azul claras fulguran;
pero nada es tan bello, nada inspira
emoción tan sublime
como la madre cuando al niño mira
y en su dormida faz un beso imprime.

ANTONIO ARNAO.

LAS DOS TEMPESTADES

Corrió la nave; la mujer lloraba,
y aun cuando por el llanto no veía,
los espantados ojos no apartaba
del barco que á lo lejos se perdía.

—¡Adiós!—gritó con espantado acento,
cuando llegó con eco dolorido
otro ¡adiós! vagamente repetido
en las azules ráfagas del viento.

Tal vez el mar, alzándose tirano,
tumba segura le dará mañana
y tras lucha tremenda, pero vana,
jugará con su cuerpo el Oceano.

Y tras los muros del hogar, la esposa,
estrechando á sus hijos espantada,
verá la mar hirviendo y espumosa
con algo de locura en su mirada.

¡Vendrá la tempestad de los pesares!
¡Siendo á veces más ruda y más potente
que todas las borrascas de los mares,
la tempestad que estalla tras la frente!

MANUEL PASO

GALERIA ARTISTICA

NICOLAS MEGIA

Su firma es bien conocida, su talento está mil veces reconocido y probado. Sus cuadros tienen universal renombre y especialmente sus acuarelas se hallan reputadas por obras maestras.

Es un buen dibujante y un colorista notabilísimo.

Allá en sus mocedades estudió para médico y aun llegó á terminar la carrera; pero no tardó en abandonar la ciencia por el arte donde ha obtenido reputación y triunfos que justifican lo acertado del camino por donde dirigió sus irresistibles aficiones.

Estudió en Madrid y uno de sus maestros fué el malogrado pintor D. José Casado del Alisal.

Después de brillantes oposiciones la Diputación de Badajoz, patria del artista, lo pensionó para Roma; y en la Ciudad-Eterna estudió Megia año y medio, descolando bien pronto entre la juventud española que por aquel entonces hacía sus primeras armas en la Pintura.

De Roma pasó á París donde permaneció larga temporada completando la educación de su gusto siempre muy delicado.

En una y otra ciudad Nicolás Megia trabajó mucho, y lo que es mejor, trabajó bien consiguiendo que su firma fuese una de las que mejor se cotizasen entre los aficionados y los inteligentes.

Es el autor de aquel célebre y encantador cuadrado titulado *Laboremus*, que representa un apuesto estudiante de nuestras antiguas y legendarias universidades, que con expresión de picaresco regocijo puntea una guitarra, mientras deja en lamentable abandono los libros.

En la Exposición nacional de 1890 obtuvo una segunda medalla—entonces estas recompensas valían muchísimo más que ahora—por su hermosísimo cuadro titulado *Zaragoza en 1809*, cuadro digno en verdad de la grandiosa epopeya que lo inspiró.

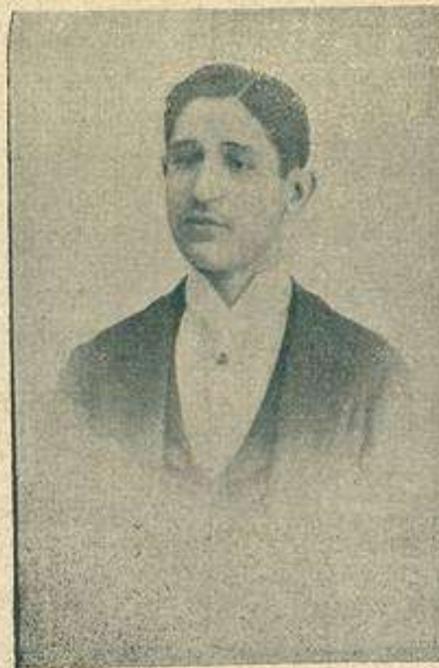
Ahora es presidente de la Sociedad de Acuarelistas y allí con su talento y sus entusiasmos es uno de los que más contribuyen á mantener el fuego sagrado de la afición por aquel procedimiento gráfico.

Megia es profesor de la escuela de Artes y Oficios, como ántes lo fué de la extinguida Academia Politécnica, y excusamos decir dadas sus aptitudes y el dominio que del dibujo y del color tiene, que es un profesor excelente á quien respetan y admiran todos los discípulos.

Bien es verdad que admiradores tiene muchos tanto dentro de la escuela como fuera de ella.



NICOLÁS MEGIA.



SORIANO BIOSCA.

SORIANO BIOSCA

Tiene solo 22 años; pero bien aprovechados, y del que tan en firme progresa en su juventud—bien puede asegurarse que llegará con gloria á la madurez de la vida.

Quiéralo Dios, porque Soriano Biosca lo merece.

La hermosa acuarela que de este joven artista reproducimos hoy, fué expuesta en una de las exposiciones del círculo de Bellas Artes.

Llamó mucho la atención por lo simpático del asunto y lo acertado y justo de la ejecución y desde entonces puede decirse que Soriano dejó de ser para el público—un artista anónimo.

Estudió pintura en Valencia, y á los 13 años pintó su primer cuadro titulado *La ofrenda del duque Berwick*, por cuya obra la Diputación provincial de Albacete acordó, por unanimidad, pensionar al precoz artista, hijo de aquella provincia, para que siguiera estudios donde tan rápidos adelantos hacía.

Vino á Madrid, y en la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado ha cursado y aprobado todas las asignaturas de la pintura de historia, obteniendo varios premios consistentes en accesits, diplomas de mérito, medallas y consideración de la misma, estos últimos en la clase del Sr. Madrazo.

En 22 de marzo de 1892, en virtud de concurso se le otorgó título de profesor numerario de la clase de dibujo artístico del Fomento de las Artes.

En la Exposición general de Bellas Artes de 1895 ha obtenido mención honorífica por el cuadro *Triste noticia*.

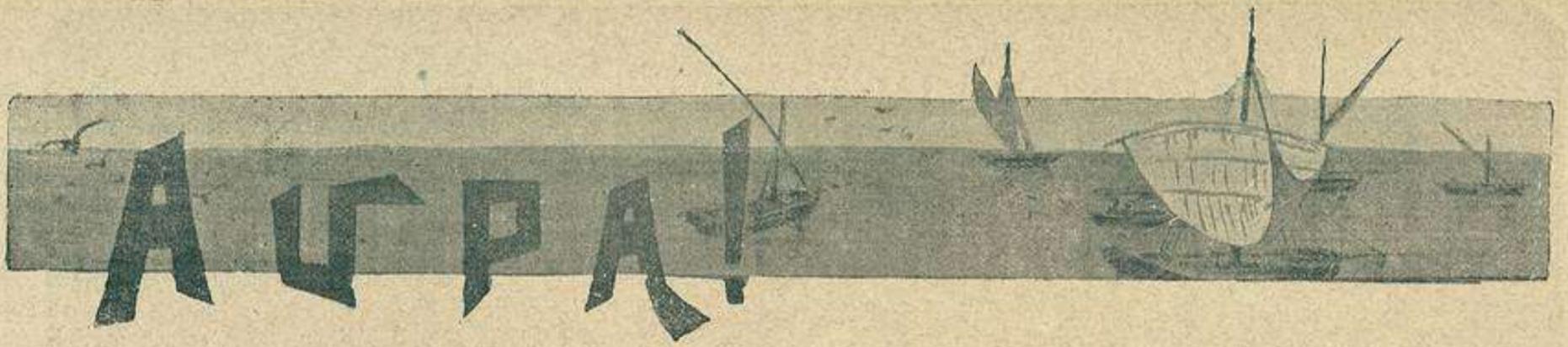
Un jurado formado por los artistas Plá, Benlliure, Perea, Pulido y Morelli le ha concedido, después de previa oposición, matrícula preferente en la clase del Círculo de Bellas Artes.

Entre los cuadros que ha hecho figuran muchos retratos.

¡Ay, mi pajarito! y *Los últimos días de Colón*, que existe en el Colegio de Escuelas Pías de San Antón.

Dos maestros ha tenido, don Francisco Jover y D. Manuel Domínguez, y ha sido uno de los discípulos que han ayudado, al primero, en las pinturas de Fresdelval, (Burgos) y al segundo en las del palacio de la señora duquesa de Medinaceli.

R.



—¡Aupa, Andrés! ¡Aupaa!... —gritaba la marinería.
Andrés, borracho perdido, concluía por caer al suelo. Entonces, levantarse era un verdadero juego de equilibrio. Primero á gatas, luego de rodillas, extendía los brazos, como si buscara algún asidero en el aire:
—¡Aupa, Andrés! ¡A una, á dos y... á tres!
Y se ponía en pie, cabeceaba como un peón que concluye la cuerda, y... ¡paff! al suelo.

* * *

Aquel es un pueblecillo de pescadores orillano al Cantábrico. En tiempos tuvo hasta *sus humos* de puerto. Guarda memoria de hijos ilustres; aún se ve el sepulcro de uno de ellos, obra italiana de hará tres siglos, embutido en un muro de la iglesia.
Pero hoy vive la vida que puede darle una pesca *de mala muerte*, hecha en pésimas barcas, que cuando abunda no sabe dónde colocarse, y cuando falta no acierta con qué suplirse.
Allá está, con el aspecto tristón de sus casucas de piedra grisenta, á las embestidas del mar malhumorado, que espumarajea en las rocas, envuelto por aires salobres, frecuentemente cargados de bruma...

* * *

Andrés no tenía á nadie en el mundo más que á Jenaro; la sola *herencia* que le dejó su mujer, brava montañesa de redondas caderas, sana como el aliento de la montaña, que se murió tal vez por aquello de que el huracán, impotente con las endebles hierbecillas, descuaja al árbol añoso y firme.
Desde entonces, Andrés no salía de la taberna. Trató de disolver en el vino su idea fija, el recuerdo de la montañesa. De la taberna, al mar; del mar, á la taberna.
Empezó á cobrar á su hijo una pasión enfermiza.
Y era lo único que veía con lucidez en medio de sus alucinaciones de borracho.
Era un llorón cuando murió su madre, y ya se le llevaba Andrés de pesca. El chico, envuelto en una arpillera, guarecido por un tablón del agua que escupían las olas, berreaba de lo lindo. Allí durmió sus primeros sueños en aquella cuna, que balanceaba el mar al son monótono de las canturías de su padre.
Luego, á la taberna con él.
Cuando el demonio de la borrachera le zumbaba en el cráneo, instintivamente se desprendía de su hijo. La tabernera—la sola persona en quien confiaba se cuidaría bien de él.
Entonces comenzaba á ser la irrisión de sus colegas:
—¡Aupa, Andrés!
—¡A... una! ¡A... dos! Y ¡á... tres!
Al chico le divertía el estribillo, y al ver á rastras á su padre, voceaba también:
—¡Aupa, *pade!* ¡Aupaa!

* * *

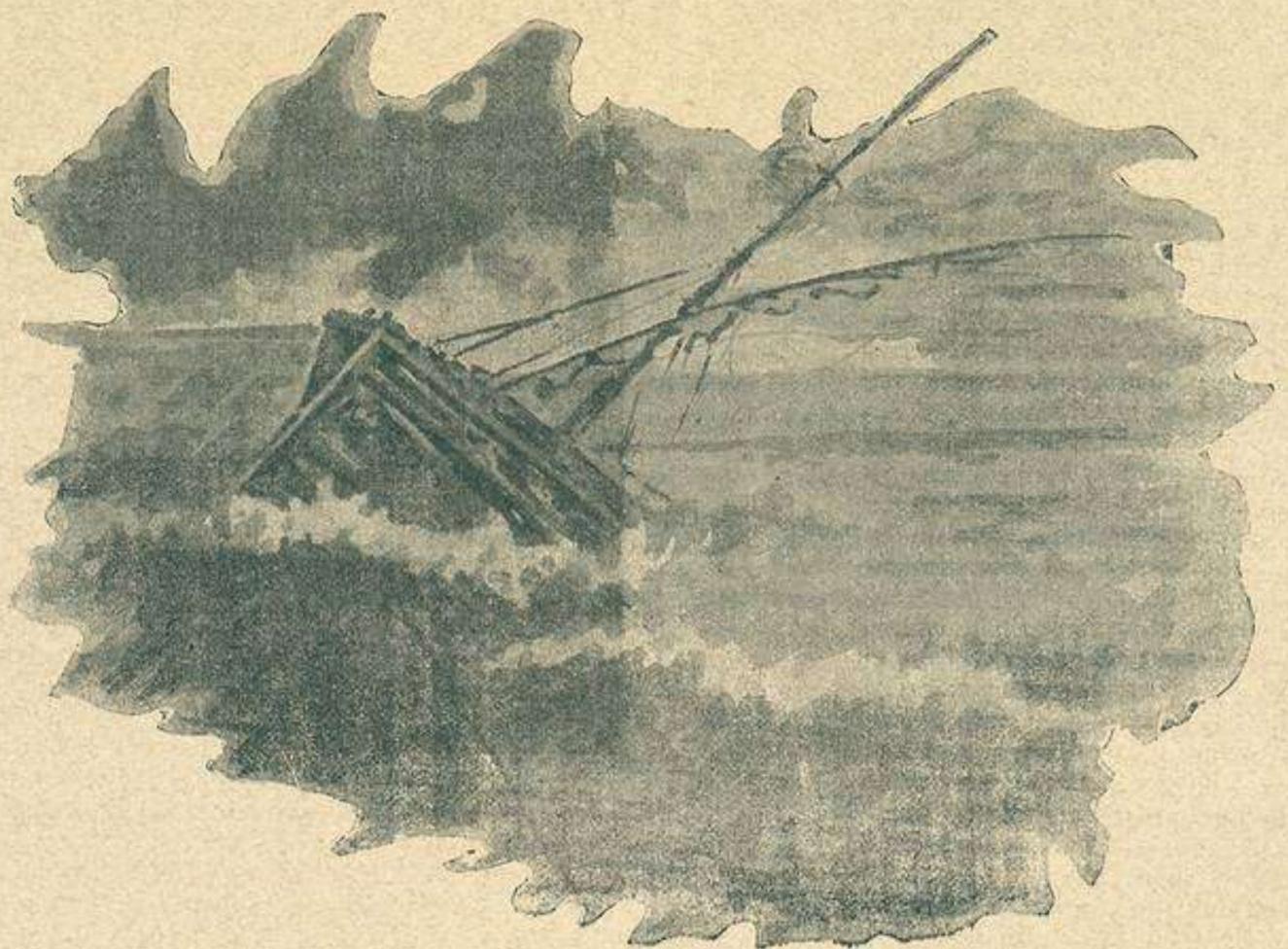
Si Andrés *se olía* la borrasca, dejaba á Jenaro en tierra. El chico, con su media docena de años, se le escapaba ya á la taberna, en compañía de otros desarrapados de la villa. Menudo que era curtido por el aire del mar, parecía *uno de esas tallas* que se conservan en

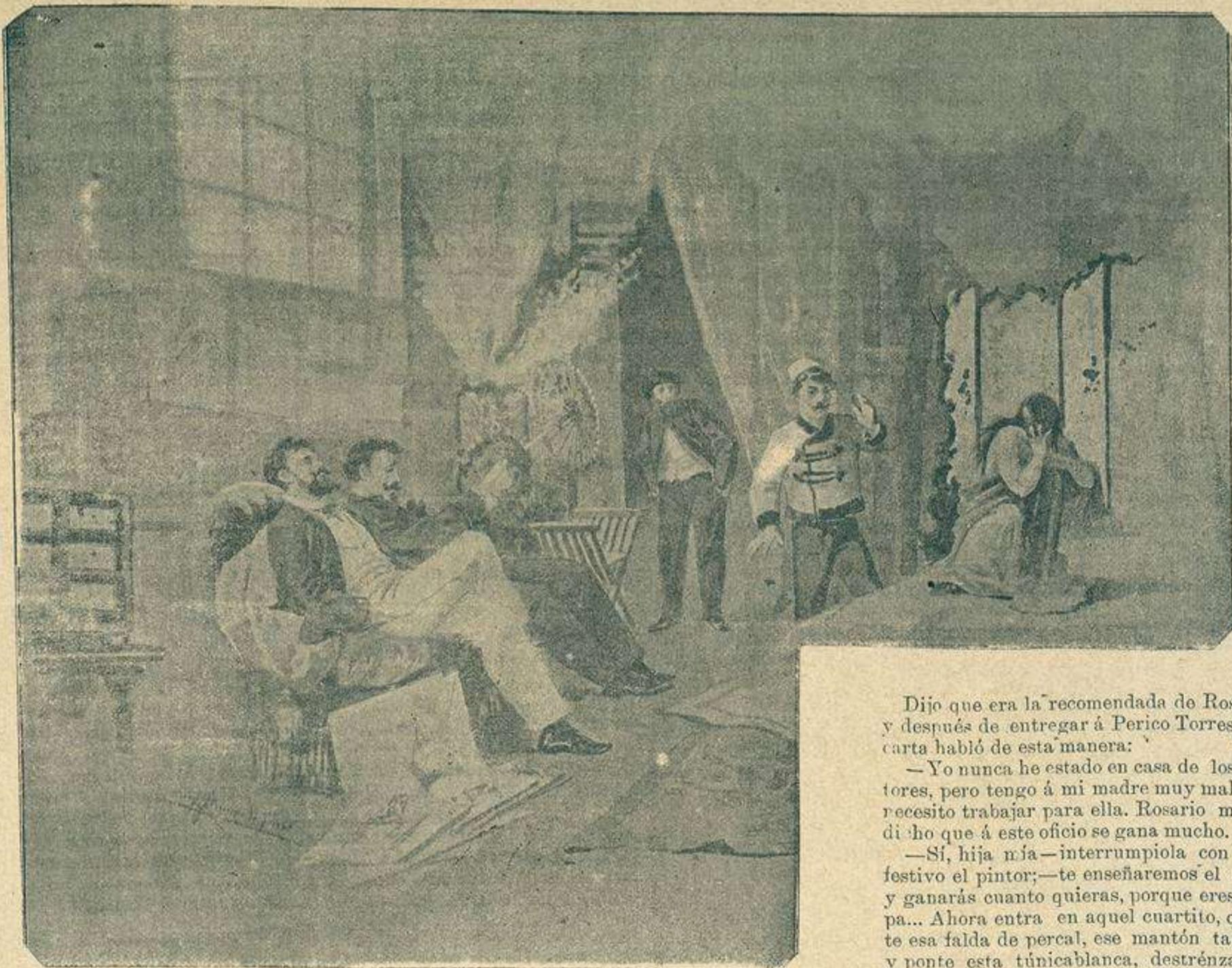
las viejas iglesias, cuya barroca hechura recubre la denigrada patina del tiempo.

* * *

.....
Un día el mar empezó á picarse. Pronto se hizo amenazador. Las barcas habían salido á la pesca.
.....
Nada se veía en aquella inmensidad. Cien ojos interrogaban á las olas, mudas en medio de sus voces de trueno.
.....
Asomaron allá lejos algunas barcas, que pasaron la barra forcejeando con la fiera.
Se acercaban tambaleándose como ebrias.
.....
Cuando atracaron se vió que en una de ellas traían el cuerpo del pobre Andrés. Le echaron en el suelo. Se procuró reanimarle; pero fué inútil.
Talmente el agua se había vengado de la aversión, de borracho, que tenía hacia ella.
Jenaro miraba estúpidamente á su alrededor á las mujeres, que lloriqueaban haciendo corrillo al ahogado; á los marineros, que presenciaban la escena con aire pensativo...
No había visto muerto á nadie. Notó que lloraban, y, á través de sus impresiones de chicuelo, viendo á su padre casi á diario á la rastra, debió cruzar un vago presentimiento.
Se acercó á él y comenzó á darle empellones, gritándole angustioso:
—¡Aupa, *pade!* ¡Aupaa!...
Pero estaba bien muerto. Esta vez sí que no se levantaría más.

RAFAEL CAMARÓN.





UNA ACUARELA

I

—Ya en España, y mientras se calma la fiebre de mis impresiones que me imposibilitan comenzar los trabajos de restauración en el viejo templo de los franciscanos, terminaré mi ninfa tesaliana y rogaré á los dioses olímpicos que me deparen otra princesa enamorada y soñadora que, sin ser floretina, tenga como aquella, fuego en los ojos, convulsiones de amor y de celos en los labios, el capricho de pagarme por un *apunte* mil pesos, y que esté con el cuerpo constantemente engalanado con terciopelos y pedrerías, porque, creedme, mis queridos colegas, el arte necesita del amor, y el amor necesita para ahuyentar un tanto el astío, riquezas, esplendores y libertad.

Esto decía Perico Torres, el famoso acuarelista, de vuelta de su larga expedición á Italia, teniendo congregados á sus amigos íntimos en aquel vasto salón que le sirve de estudio, alhajado con tanta riqueza como originalidad. Allí cubren las paredes amplios tapices flamencos, á los que circundan en zócalo negras arquillas talladas de los siglos XVI y XVII y divanes de rojo terciopelo, sobre los que resaltan, ya el bordado pañolón de la India, que conserva aun el calor de un cuerpo acabado de modelar, ya encajes y plumas, pequeños bocetos, y la brillante paleta recientemente abandonada; mientras que más allá, en los ricos sitios, en los ángulos de la estancia, y hasta en el marco del lienzo que sobre esbelto caballete deja adivinar los perfiles suaves de una cabeza de mujer, se ven envueltos en un torbellino de gasas de colores, vaciados del Parthenon, estatuillas de Pompeya, lucientes porcelanas de Lucca de la Robia, y entre flores secas y pinceles húmedos aún, abierto y en olvido el perfumado billete amoroso...

De pronto, con medroso paso y cándida mirada, penetró en el estudio una niña como de quince años, rubia, pálida y pobremente vestida.

Dijo que era la recomendada de Rosario, y después de entregar á Perico Torres una carta habló de esta manera:

—Yo nunca he estado en casa de los pintores, pero tengo á mi madre muy malita y necesito trabajar para ella. Rosario me ha dicho que á este oficio se gana mucho.

—Sí, hija mía—interrumpiela con tono festivo el pintor;—te enseñaremos el *oficio* y ganarás cuanto quieras, porque eres guapa... Ahora entra en aquel cuartito, quítate esa falda de percal, ese mantón tan feo, y ponte esta túnica blanca, destrézate el cabello y veremos si te *pareces* á la ninfa que necesito.

Obedeció la muchacha, y á los pocos momentos se presentó á los jóvenes, que aplaudieron al verla, ceñido el hermosísimo cuerpo por albos ropajes, flotando el dorado cabello por la espalda, coloreadas de rubor las mejillas y los brazos desnudos cruzados sobre el pecho para mejor sostener las gasas que lo cubrían, dejando adivinar sus perfecciones.

Asombrado y sorprendido el artista de la belleza de la joven y de la expresión casi religiosa de sus ojos, que contrastaba con la redondez provocativa de las formas, la decía sentándola en lujosos cogines de felpas de colores:

—Eres muy bella, chiquilla; eres muy bella, y resulta admirable la figura; pero tienes que colocarte con gracia, dejar ese aire miedoso y compungido, para estar sonriente, y separar las manos de la garganta, que deben jugar con las flores exparcidas en el regazo. Mira: coloca este brazo extendido, recuéstate como si tuvieras sueño, y bájate ese tul de los hombros, que tienen que estar descubiertos. ¿Te pones encarnada y dices que nó? ¡Bah! no seas tímida ni tontona, porque entonces no servirás para el oficio, ni ganarás para tu madre; verás como yo...

Y guiñando maliciosamente los ojos á sus compañeros, que se divertían con la cortedad de la joven, el pintor tiró violentamente de los nevados tules que la envolvían, y rasgándose, dejaron al descubierto los hombros y el seno de la pobre niña, que se irguió rápidamente hasta quedar rrodillada; cruzó las manos en ademán suplicante y sollozó con amargura y resignación indescriptibles estas palabras:

—¡Madre mía! ¡madre mía!

Cuando á poco salía de la casa del artista, sus lágrimas no se habían secado aún; pero momentos después, al perderse entre las oscuras callejas en busca de su miserable hogar, se detuvo un instante, y sonrieron dulcemente sus labios. Recordó que la habían llamado hermosa muchas veces y acaso vió pasar ante sus ojos las primeras y deslumbrantes imágenes que ocultan los precipicios abiertos en el camino de las infelices desheredadas.

Algún tiempo después llamaba extraordinariamente la atención del público, y de los inteligentes en particular, que la admiraban en la Exposición de pinturas, una preciosa acuarela que obtuvo el primer premio, titulada ¡Madre mía! y firmada por Perico Torres.

El asunto no podía ser más interesante ni con más delicadeza trasladada al papel la actitud de una pobre niña que al verse medio desnuda en el estudio de un pintor, al que va á servir de modelo, arrodillase pensando en su madre, á la que espera salvar con el producto de su trabajo.

Era tan correcto el dibujo, tan reales los tonos, miraban con tan conmovedora expresión las pupilas azules de aquella figura blanca y aérea, que se destacaba del fondo del cuadro con la boca entreabierta y las manos cruzadas sobre el pecho, que parecía moverse agitado por un sollozo; resultaban, en fin, tan acabados los detalles, tan suave la luz, tan poético y sentido el conjunto, que la prensa toda, y todos los inteligentes, aclamaron con entusiasmo á Perico Torres como una gloria de la pintura.

Cierta mañana, mientras contemplaba con aire triste el laureado pintor su obra maestra, decíale un inseparable amigo:

—¿Has hecho esa acuarela para contemplarla constantemente, con cara melancólica, sin cuidarte de las grandes sumas que por ella te ofrecen?

—¡Ah!—interrumpióle con amarguísimo acento el artista,—no cambiaré esta vez por un puñado de oro ese retrato, que perpetuará mi pasión y mi remordimiento. Yo, como muchos seres en la vida, he deseado con mis propias manos ese copo de nieve que se llama ventura, y ahora, tarde por mi mal, comprendo que ni las glorias ni las riquezas podrán hacerme feliz, porque yo quiero su alma, pero su alma pura como brilla en esos ojos que tracé y que me recuerdan sus miradas... No, no venderé mi acuarela, porque me representa á Lucía, como la adoro, como la llevo en mi corazón, como era la primera tarde que me reí de sus lágrimas y me burlé de su inocencia... ¡Déjame soñar, que todavía llora al descubrir su seno á los pintores!

Y luego, con íntimo desfallecimiento, añadió:

—¡El arte! ¡el arte! Si en nombre de él ó para él hemos de desflorar un alma, desposeyéndola de la castidad y el pudor; y si el cuerpo que copiamos en la fiebre santa de la inspiración, ha de ser codiciado en nuestras fiebres brutales de hombre, reniego del arte y de mí mismo y maldigo la idolatría de la forma!

SOFÍA CASANOVA

CANTARES

Cádiz no produce flores,
mas tampoco le hacen falta,
porque no hay rosa que iguale
á una cara gaditana.

Pájaro soy de la mar
que anido sobre una roca,
y el sustento de mis hijos
busco á través de las olas.

Es tanto lo que te pintas,
que será cosa bien rara
el conocer tu vergüenza
en el color de tu cara.

Al pasar frente á tu reja
me enamoré de tu sombra,
porque hasta en ella se ve
la gracia de tu persona.

Todo el que en misa te miro,
dirá al ver tu devoción,
que te estás muriendo tú
por lo que Cristo murió.

Voy á hacerme monacillo,
por verte hincar la rodilla
dándote golpes de pecho
al son de mi campanilla.

RAFAEL DE MEDINA.

El buen tiempo anima á los ciclistas, y las excursiones se proyectan y se realizan con verdadero entusiasmo.

Una de las más animadas ha sido la organizada por la Unión Ciclista Comercial al monte titulado El Goloso, á 16 kilómetros de la villa y corte.

Fueron jefes de ruta los Sres. D. Manuel de Miguel, D. Félix Pereda, D. Ladislao García Pascual y D. Escolástico Sánchez, los cuales desempeñaron su cometido á gusto y satisfacción de todos los excursionistas, que fueron muchos.

La jira resultó agradabilísima y el menú del almuerzo espléndido.

Después hubo sus carreras correspondientes, adjudicándose á los vencedores preciosos objetos, regalados por el digno presidente de la Unión Ciclista Comercial, D. Luis Españes.

En esta agradable jira tenían digna representación la prensa profesional y todas las sociedades ciclistas madrileñas.

* * *

Otra de las novedades de la quincena ha sido el estreno en el teatro Lara, de *La bicicleta*, con motivo del beneficio de Pepe Rubio, ciclista aventajado y actor de los aplaudidos.

El autor del juguete, otro compañero de pedal, D. Miguel Echeagaray, ganó una ovación más á las muchas que ya tiene conquistadas en su larga y brillante carrera de autor dramático.

* * *

Varias noticias:

Mi querido amigo D. Antonio Viada (*Luis Álvarez Borbón*), el distinguido escritor ciclista, ha sido nombrado corresponsal en Madrid del periódico profesional norteamericano *The American Wheelman*.

—El señor conde de Zenete ha sido nombrado cónsul, para la provincia de Madrid, de la Unión Velocipédica Francesa.

—Elgueta, el famoso corredor, ha aceptado el reto lanzado por Escobar á todos los ciclistas españoles, de correr, con entrenadores, la distancia que separa Toledo de Torrijos (60 kilómetros), apostando de 500 á 1.000 pesetas, y siempre que el *match* se lleve á efecto dentro de la primera decena del actual mes de mayo.

DON ACTIVO.

REFRAN DE ACTUALIDAD, POR MECACHIS



El que con yankees se acuesta
pues... amanece en Chicago.

SOLUCIONES Á LAS CHARADAS

del número 45.

- 1.^o ACEROLA.
- 2.^a INDEPENDIENTE.

SOLUCIONES Á LOS JEROGLÍFICOS

al del número 45.

Cuando suba la luna al horizonte,
tú caal yo la verás,
y las dos esmeraldas de tus ojos
su luz reflejarán;
en los míos al vería dos brillantes
su rayo alumbrará,
pero serán dos lágrimas que vierta,
tu ausencia al recordar.

al del número 46.

ENMASCARADO.

SOLUCIÓN Á LA FRASE HECHA

del número 45.

MULTIPLICARSE.

ACERTIJO

Más de cien hijas hermosas
ví de dos cuerpos nacer,
encendidas como rosas
y al momento fenecer
haciendo vueltas vistosas.

CHARADAS

I

Mi *segunda* y mi *primera*
la verás en el acero,
y en otras materias más

cómo producto del tiempo;
mi *tercera* con mi *cuarta*
en fondas y merenderos
los hay en gran abundancia,
y en tu casa yo los veo,
y en la mía y en la del otro,
y es de barro por más cierto.
Mi *todo* en el cuerpo está
siendo parte de tí *mesmo*;
no es de carne, lo cual prueba
que pudiera ser de hueso.

II

Me llama mi muchacha
prima y *tercera*,
y no hay un calendario
en que se lea.

Segunda y *prima*
hace un animalejo
si otro se arrima.

En *segunda* y *tercera*
fui á la Habana,
á buscar el marido
para mi hermana.

El *todo* es raro:
el fruto que da el árbol
de que es mi armario.

Existen muchas personas afables y políticas en la tierra, pero hay muy pocas que sean cordiales.

Los caprichos de mal carácter solo se satisfacen á costa de la felicidad.

BARONEZA DE LUCELLE.

El alma de la mujer es la obra maestra de la creación.

CONFUCIO.

No hay joya en el mundo que valga tanto como la mujer.

CERVANTES.

Si encuentras varias mujeres riñendo, sigue tu camino.

PITÁGORAS.

Todas las mujerees son amables fuera de casa.

PUBLIO SIRO.

La mujer es la que hace al marido respetable ó ridiculo.

SCRIBE.

PENSAMIENTOS FEMENINOS

Pagar con el bien el mal que se recibe de otro, es la mejor de las venganzas que se pueden desear.

El mal que pueden hacer los malos libros solo se corrige con la lectura de los buenos, así como los inconvenientes de las luces sólo se evitan aumentando éstas.

Cuando la muerte consiente en dejarnos vivir largo tiempo, ella toma en rescate sucesivamente todos los seres á quien amamos.

La amabilidad es una de las formas que presenta la caridad.

Hay muchas mujeres que dan calabazas á los veinte años, pocas á los treinta, y ninguna á los cuarenta.

LUSTONÓ.

El amor de la mujer conduce á la virtud.

TIBULO.

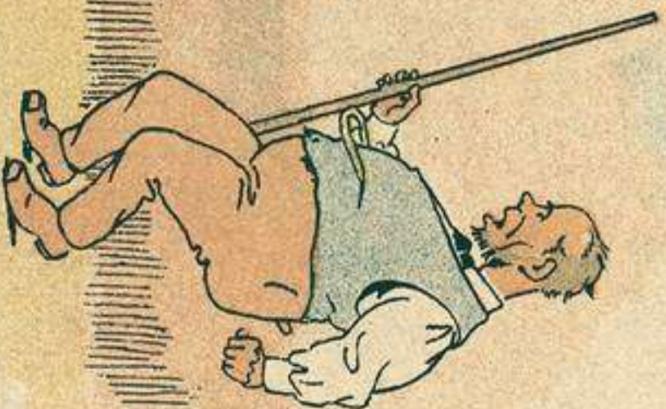
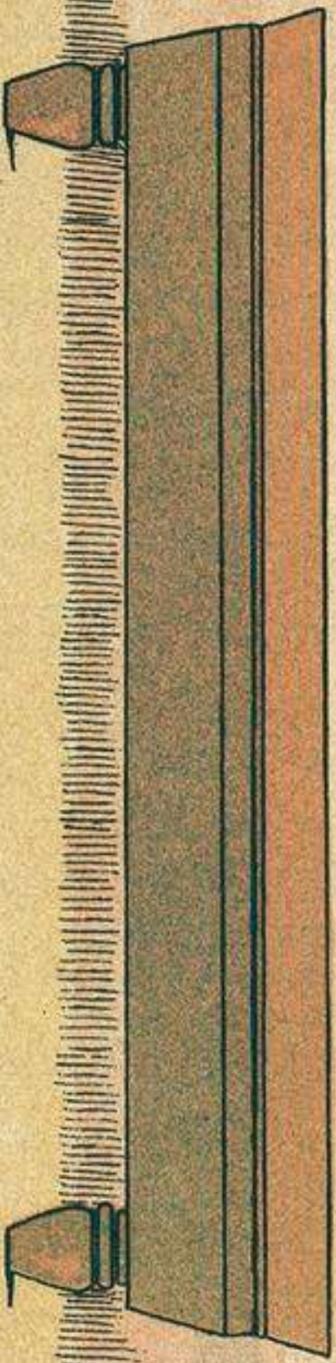
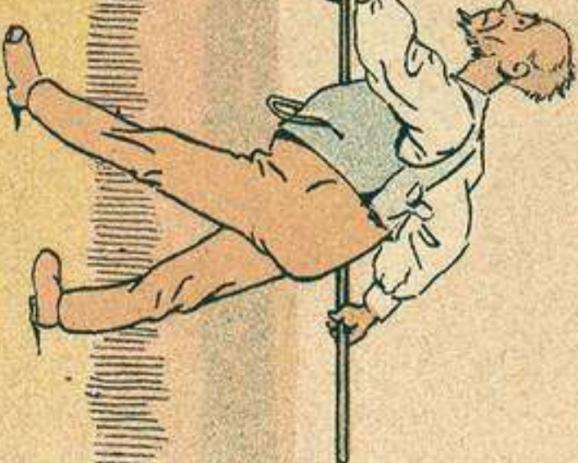
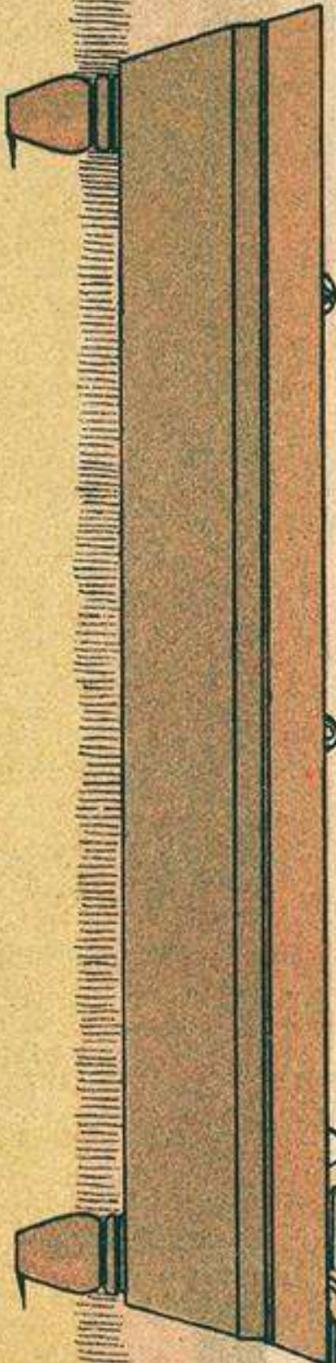
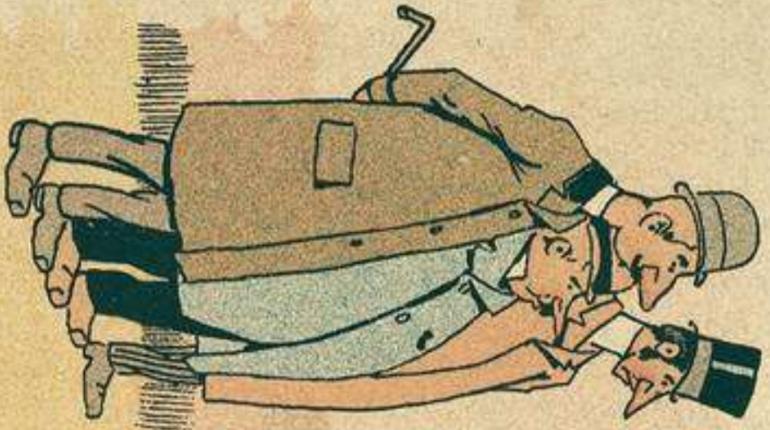
Si has proferido algunas expresiones amargas contra tu marido, lava tu boca con tus lágrimas.

PITÁGORAS.

JEROGLÍFICO



CARAMBOLA DE FANTASÍA



M.